

—en pensadores como Dieter Henrich o Robert Spaemann—, en Francia —en la línea abierta por Pierre Aubenque y en la que se localizarían autores como Rémi Brague y Jean-François Courtine— e incluso en filosofía anglosajona de inspiración analítica —Volpi piensa aquí en *Individuals* de P.F. Strawson y su distinción entre una metafísica “revisionista” y otra “descriptiva”, en la ontología *reísta* inspirada por Franz Brentano y presente en algunos como Roderick Chisholm así como en el señalamiento hecho por Putnam en *Renewing Philosophy* (1992) de que la filosofía analítica se ha convertido ahora en el movimiento más importante en favor de la metafísica—, la metafísica continúa manteniendo una presencia difícil de negar en la filosofía contemporánea. La metafísica, tal parece ser el balance final extraído por Volpi, no tiene solución, tiene solamente historia y es en ella que la metafísica debe comprenderse en su relación indisoluble con la filosofía práctica, con la reflexión vinculada a la acción humana.

A colaboraciones como las anteriores se añadan otras que se mueven entre el esclarecimiento filológico y la reflexión filosófica. Me refiero en este punto a “La formulación del principio de inmanencia en el pensamiento de Anaximandro” de Leonardo Ordóñez Díaz, donde se ofrece una interesante discusión de las diversas interpretaciones y traducciones al español del fragmento de Anaximandro —con un especial énfasis en la ofrecida por Heidegger— mostrando el modo en que la orientación naturalista e inmanentista de Anaximandro confluyen con desarrollos recientes en la filosofía y la ciencia contemporáneas.

La revista se cierra con reseñas dedicadas a libros de filosofía escritos en lengua española lo cual es, de nuevo, digno de saludo y reconocimiento, pues con ello se expresa una vez más una función central de las revistas de filosofía —y, en general, de las revistas académicas—, a saber: expresar la pluralidad, vitalidad, consistencia y fortaleza de una comunidad filosófica determinada, propiciando espacios de encuentro, de reflexión y de discusión, de crítica y autocrítica sin los cuales la filosofía —diré, aún más, la razón misma— no podrían existir.

GUSTAVO LEYVA

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Departamento de Filosofía

gustavoleyva@prodigy.net.mx

Héctor Zagal, *Método y ciencia en Aristóteles*, Universidad Panamericana/Publicaciones Cruz O., México, 2005.

La reflexión en torno al método a seguir por la filosofía y el resto de las disciplinas científicas está presente en todas las tradiciones del pensamiento. No importa si nos ubicamos antes o después de Descartes. Un ejercicio reflexivo

de esta naturaleza se advierte en la obra de Platón y Aristóteles, en la filosofía medieval —tanto oriental como occidental—, aunque en la Modernidad el tema cobró una relevancia muy especial. Bajo este horizonte, el libro de Héctor Zagal examina uno de los primeros esfuerzos sistemáticos por aclarar cuál es, en definitiva, el método al que se debe ceñir el filósofo y el científico.

El libro aborda la propuesta de Aristóteles, la cual se halla dispersa en sus tratados lógicos y en los “momentos metodológicos” del resto de sus obras. Es común encontrar que Aristóteles haga *ex cursus* de esta naturaleza al estudiar algún tema específico, sea éste de física, ética o de cualquier otra disciplina. Por tanto, dado el carácter fragmentario de estas digresiones en la obra del Estagirita, su recopilación y reconstrucción es necesaria para presentar una doctrina unitaria al respecto. El texto de Zagal, además de presentarnos su versión de lo que sería una metodología genuinamente aristotélica, propone mostrar cuál fue el eco de esas reflexiones en todo el *corpus aristotelicum*.

La preocupación de los especialistas por el tema no es nueva. Durante el último siglo, la cuestión del método en Aristóteles ha sido estudiado por las distintas tradiciones filosóficas y de comentaristas. Gracias a esto contamos con una base importante de trabajos sobre esta materia. Algunos de ellos se han convertido en clásicos, como el libro de Heinrich Maier (*Die Syllogistik des Aristoteles*, 1896–1900), o bien las obras de Auguste Mansion (*Introduction à la physique aristotélicienne*, 1913) y J.M. Le Blond (*Logique et méthode chez Aristote*, 1939), por mencionar sólo algunos ejemplos.

El interés de los aristotelistas se debe, en buena medida, a la necesidad de encontrar una clave hermenéutica para la comprensión del *corpus*, que por lo general no admite un único enfoque al momento de reconstruir sus principales líneas argumentativas. El libro de Héctor Zagal responde en parte a esta preocupación, aunque la discusión especializada se complementa en su texto con algunos análisis de tipo sistemático, como puede corroborarse en el epílogo sobre los modos de hacer filosofía. Esto es quizá una de las principales virtudes del libro.

El texto se propone la defensa de tres tesis: (1) que los criterios metodológicos de *Analíticos posteriores* están presentes en todo el *corpus* como una guía, (2) que el concepto aristotélico de ciencia no es unívoco y (3) que la distinción entre verdad teórica y verdad práctica es necesaria para entender el carácter científico de la política y las artes. En la contraparte de esta propuesta se encontraría una lectura rigorista del *corpus*. Desde el ámbito de la epistemología podría decirse que el libro de Zagal se opone a una lectura fundacionista de la filosofía aristotélica. En aras de abonar en favor de su posición, el libro se divide en dos partes.

La primera incluye tres ensayos unitarios acerca de los presupuestos de la teoría aristotélica de la ciencia. Zagal examina los distintos significados y usos que se pueden descubrir de nociones como *método* y *filosofía* en el aristotelismo. El argumento de este apartado concluye con una epistemología de la *apaideusía*, *i.e.* de la carencia de educación, disciplina y cultura, herramientas indispensables para saber qué grado de exactitud se debe esperar en el co-

nocimiento de los distintos ámbitos de la realidad. Exigir el mismo rigor en matemáticas y ética es signo de esta falta de *paideia*. En completa consonancia con lo anterior, Zagal sostiene que la racionalidad del universo sería el gran presupuesto aristotélico sobre el cual se desarrolla la cultura epistemológica y su teoría de la ciencia.

Al final de esta parte introductoria, el autor concluye con una afirmación que va más allá del ámbito de la filosofía aristotélica. Zagal afirma que la discusión contemporánea acerca del método debería centrarse en dos puntos: (1) la reivindicación de la sensatez como presupuesto de toda argumentación y (2) la necesidad de introducir presupuestos informales en toda tarea argumentativa. Una vez dicho lo anterior, el libro procede a revisar las tesis clave de la propuesta aristotélica. Los fines de este examen son historiográficos, y en muchos momentos también sistemáticos.

La segunda parte del libro se divide en cuatro capítulos. En el primero, se expone la doctrina de los preconocimientos de *Analíticos posteriores* como una respuesta a la teoría de la reminiscencia platónica. La preocupación del *Menón* encontraría eco en el *Órganon*. Aristóteles habría desarrollado dicha teoría del preconocimiento, gracias a su recepción crítica del platonismo. La silogística y la metafísica se cruzan en este punto, pues el preconocimiento de una conclusión en las premisas es virtual, *i.e.* las premisas son a la conclusión como el acto a la potencia. El conocimiento científico en sentido propio sería el actual, no el potencial.

El segundo capítulo examina la teoría aristotélica de los primeros principios. La exposición de Zagal en este capítulo merece especial atención para mostrar por qué Aristóteles está más allá del dilema entre el fundacionismo y el coherentismo epistemológico. La doctrina de *Analíticos posteriores*, recogida por Zagal, incluye como principios de la demostración tanto a los axiomas de una ciencia, como a las hipótesis, los postulados y las definiciones que en ella se emplean. Todos estos principios son un tipo distinto de preconocimiento para la demostración, aunque “principio” se dice en muchos sentidos. Ni apodíctica universal, ni fundacionismo fuerte, el libro busca al final una revaloración del intelecto (*noûs*) frente a la razón (*diánoia*), sin perjuicio de ambos.

En el tercer capítulo encontramos un repaso de la teoría aristotélica del silogismo demostrativo como eje fundamental de las ciencias teóricas. Aquí, la noción de principio expuesta en el capítulo previo sirve de pauta para exponer el fondo de la silogística aristotélica. La distinción de los tipos de predicación desemboca en la explicación de qué es una definición en el contexto del *corpus* y en las prácticas argumentativas prescritas por el Estagirita. El capítulo concluye con un deslinde entre argumentación, docencia y el trabajo previo de investigación. Esta distinción es crucial para comprender en qué sentido las tesis de *Analíticos posteriores* encuentran eco en el resto de los trabajos de Aristóteles. La discusión con Barnes en esta parte llama a una lectura más detenida.

El capítulo cuarto examina la diversidad de las ciencias teóricas, prácticas y productivas. El análisis de la poética y la retórica a la luz del modelo episte-

mológico de la medicina ameritana, sin duda, una detenida consideración, dada su originalidad. El capítulo en su conjunto ofrece una exposición detallada de la clasificación de los saberes en el aristotelismo y advierte sobre el riesgo que corre el carácter científico del conocimiento práctico —*ética y política*— si no se le da su justo peso a los énfasis de *Analíticos posteriores*. Zagal apunta también la importancia de la teoría del hábito y del saber como virtud intelectual. El método aristotélico más que un conjunto de reglas es la adquisición de habilidades para pensar. Más que una serie de criterios es la formación del criterio.

Al final de *Método y ciencia en Aristóteles* aparece un epílogo donde se aborda el tema de la filosofía como argumentación, intuición y tradición, a la luz de lo expuesto en el libro. En esas páginas, Zagal presenta un comentario a *Metafísica IV* más allá de la letra, con el fin de mostrar la vigencia de ciertas estrategias de la filosofía aristotélica en la defensa de los primeros principios y en favor del valor de la tradición. El libro ofrece en ese balance una propuesta metodológica que pretende incluir tanto las ventajas del espíritu analítico, como las aportaciones de cierto tipo de intuicionismo. En la misma línea, Zagal sugiere revalorar a la tradición, vista como una naturaleza incorporada a lo social de forma creativa. Detrás de todas estas propuestas, estaría el espíritu de la filosofía aristotélica como una tradición viva dentro del pensamiento filosófico contemporáneo.

ALBERTO ROSS
Facultad de Filosofía
Universidad Panamericana
jaross@up.edu.mx

Marco Zingano, *Estudios de Ética Antiga*, Discurso Editorial, Sao Paulo, 2007, 604 pp.

El libro de Marco Zingano nos ofrece una colección de dieciocho artículos especializados que tienen como denominador común la presencia de los temas fundamentales de la ética griega. Los escritos remiten a cuestiones relativas al fenómeno moral que se pueden rastrear en prácticamente todos los pensadores antiguos. Si bien la obra está dirigida a los especialistas en filosofía antigua, tiene el mérito de desarrollar algunas intuiciones filosóficas de carácter sistemático que, sin duda, merecen especial atención.

El hilo conductor de los textos es la reconstrucción de una teoría de la acción donde la razón —bajo la forma de deliberación práctica— tiene el protagonismo en el descubrimiento de lo que debe ser hecho y en la consecución de la verdad práctica. El libro aborda este asunto desde distintos ángulos, lo cual da lugar a un tratamiento muy completo de los temas en cuestión. El autor distingue, por ejemplo, los usos de la razón para evitar la tentación de asimilar el conocimiento teórico y el práctico. También traza una anatomía del alma para